

Biografía

Érase una vez dos personas.

Cuando tenían dos años, se pegaban con las manos.

Cuando tenían doce, se pegaban con palos y se tiraban piedras.

Cuando tenían veintidós, se disparaban con fusiles.

Cuando tenían cuarenta y dos, se lanzaban bombas.

Cuando tenían sesenta y dos, utilizaban bacterias.

Cuando tenían ochenta y dos, se murieron. Fueron enterrados uno al lado del otro.

Cuando, cientos de años después, una lombriz se abrió camino comiendo entre sus tumbas, no se dio cuenta de que allí estaban enterradas dos personas distintas. Era la misma tierra. Todo era la misma tierra.

Es waren mal zwei Menschen.

Als sie zwei Jahre alt waren, da schlugen sie sich mit den Händen.

Als sie zwölf waren, schlugen sie sich mit Stöcken und warfen mit Steinen.

Als sie zweiundzwanzig waren, schossen sie mit Gewehren nach einander.

Als sie zweiundvierzig waren, warfen sie mit Bomben.

Als sie zweiundsechzig waren, nahmen sie Bakterien.

Als sie zweiundachtzig waren, da starben sie. Sie wurden nebeneinander begraben.

Als sich nach hunderten Jahren ein Regenwurm durch ihre beiden Gräber fraß, merkte er gar nicht, daß hier zwei verschiedene Menschen begraben waren. Es war dieselbe Erde. Alles dieselbe Erde.

Originalmente aprendiz de librería y luego actor en Lüneburg. Borchert se enroló como soldado en 1941, en 1942 fue gravemente herido en Rusia, y condenado ese mismo año a ocho meses de prisión en Nürnberg por «declaraciones derrotistas», «indultado en libertad condicional». En 1943 llegó enfermo a Alemania, pero ese mismo año fue arrestado por segunda vez por una denuncia en la guarnición y condenado por el mismo delito en Berlín-Moabit a nueve meses de prisión con nueva libertad condicional.

Después de una última intervención bélica en la primavera de 1945, regresó Borchert a Hamburgo, ya desahuciado, como asistente de dirección y cabaret, hasta que su enfermedad, acelerada por las privaciones de los años de la guerra y de la posguerra, provocó su muerte. Murió en un hospital suizo en 1947, un día antes del estreno de su exitoso drama «Afuera de la puerta» (“Draußen vor der Tür”)

A los primeros intentos líricos, a los que Borchert se mostró escéptico, le siguieron, varias novelas, la colección «La flor del perro» (narraciones de nuestros días, 1947), que ya muestra su fuerte poder expresivo, y su dramática poesía «Afuera de la puerta» (1947).

Es el único grito de una juventud torturada y traicionada, la «generación sin adiós». Después de su primera actuación como audiolibro (el 13. 2. 1947) en la Rundfunk del Noroeste Alemán, encontró un eco abrumador (1949 también filmada como «Liebe 47» con final conciliador). La obra fue interpretada en todos los escenarios importantes de Alemania Occidental y traducida a casi todos los idiomas europeos y al japonés.

Antes de su muerte, completó el volumen de relatos «En este Martes» (1947). Su herencia contenía poemas y relatos publicados en la edición general de 1949, incluyendo su último trabajo «Solo hay uno», un llamado a Europa y a la humanidad.

Borchert es el orador más directo y convincente de su generación. A pesar de todo el tormento y la desesperación, sus sellos dan testimonio de una voluntad incontrolable de vivir. Su lenguaje sencillo es precisamente debido a la sencillez de las imágenes y las variaciones siempre recurrentes de un pensamiento y palabra de inigualable efecto sugestivo.



Wolfgang Borchert

Biographie

Ursprünglich Buchhandlungslehrling, dann Schauspieler in Lüneburg, wurde B. 1941 Soldat, 1942 in Rußland schwer verwundet, im gleichen Jahr wegen „defaitistischer Äußerungen“ zu acht Monaten Gefängnis in Nürnberg verurteilt, zu „Frontbewährung begnadigt“. 1943 kam er krank nach Deutschland, wurde aber im gleichen Jahr auf Grund einer Denunziation in der Garnison zum zweiten mal verhaftet und wegen des gleichen Deliktes in Berlin-Moabit zu neun Monaten Haft mit nochmaliger Frontbewährung verurteilt.

Nach einem letzten Kriegseinsatz im Frühling 1945 kehrte Borchert, schon vom Tode gezeichnet, nach Hamburg zurück, war kurze Zeit Regieassistent und Kabarettist, bis seine Krankheit, beschleunigt durch die Entbehrungen der Kriegs- und Nachkriegsjahre, den Tod herbeiführte. Er starb 1947 in einem Schweizer Spital, einen Tag vor der Uraufführung seines Dramas „Draußen vor der Tür“.

Frühen lyrischen Versuchen, denen B. später selbst skeptisch gegenüberstand, folgte nach mehreren Novellen die Sammlung „Die Hundebblume“ (Erzählungen aus unseren Tagen, 1947), die schon seine starke Ausdruckskraft zeigt, und seine dramatische Dichtung „Draußen vor der Tür“ (1947). Sie ist ein einziger Aufschrei einer gequälten und betrogenen Jugend, der „Generation ohne Abschied“. Nach der ersten Aufführung als Hörspiel (am 13.2.1947) im Nordwestdeutschen Rundfunk fand sie ein überwältigendes Echo (1949 auch verfilmt als „Liebe 47“ mit versöhnlichem Ausgang). Das Stück wurde auf allen bedeutenden Bühnen Westdeutschlands gespielt und in fast alle europäischen Sprachen und ins Japanische übersetzt. Vor seinem Tod vollendete B. noch den Band Erzählungen „An diesem Dienstag“ (1947). In seinem Nachlaß fanden sich Gedichte und Erzählungen, die in der Gesamtausgabe 1949 veröffentlicht wurden, darunter auch seine letzte Arbeit „Dann gibt es nur eins“, ein Mahnruf an Europa und die Menschheit.

B. ist der unmittelbarste und überzeugendste Sprecher seiner Generation. Trotz aller Qual und Verzweiflung zeugen seine Dichtungen von einem unbändigen Lebenswillen. Seine schlichte Sprache ist gerade durch die Einfachheit der Bilder und die immer wiederkehrenden Variationen eines Gedankens oder Satzes von unvergleichlich suggestiver Wirkung.

El reloj de cocina

Lo vieron venir a su encuentro desde lejos, pues su aspecto llamaba la atención. Tenía una cara sumadamente aviejada, pero por la forma de caminar se notaba que acababa de cumplir veinte años. Se sentó junto a ellos en el banco con su cara vieja. Y entonces les enseñó lo que llevaba en la mano.

Era nuestro reloj de cocina, dijo, y miró de uno en uno a cuantos estaban sentados en el banco al sol. Sí, lo he podido encontrar. Se ha salvado.

Sostenía un reloj circular de cocina, blanco como un plato, y restañó con los dedos los números pintados de azul.

No tiene ningún valor, dijo en son de disculpa, ya sé. Y tampoco es demasiado bonito. Sólo es como un plato esmaltado de blanco. Pero los números azules tienen, de todos modos, una pintura muy bonita, me parece. Naturalmente, las agujas sólo son de hojalata. Y ahora y no van. No. Por dentro está roto, no hay la menor duda. Pero conserva la apariencia de siempre, aunque ya no funcione.

Con la yema de un dedo dio cuidadosamente una vuelta por el borde del disco del reloj. Y dijo en voz baja: Y es lo que se ha salvado.

Los que estaban sentados en el banco al sol no lo miraron. Uno miraba sus zapatos y la mujer miraba dentro de su carrito de bebé.

Luego, alguien dijo:

¿Acaso usted lo ha perdido todo?

Sí, sí, dijo él con alegría, ¡piense usted que todo! Sólo esto se ha salvado. Y levantó de nuevo el reloj como si los demás aún no lo conocieran.

Pero ya no funciona, dijo la mujer.

No, no, no eso no. Está roto, ya lo sé. Pero, por lo demás, está igual que siempre: blanco y azul. Y otra vez volvió a mostrarles el reloj. Y lo más bonito, prosiguió excitado, todavía no lo he contado a ustedes. Lo más bonito aún está por venir: Piensen que se quedo parado a las dos y media. Precisamente a las dos y media, ¡piénsenlo!

Así pues, su casa recibió seguramente el impacto a las dos y media, dijo el hombre y adelantó, dándose aires de importancia, el labio inferior. Eso lo he oído muchas veces. Cuando caen las bombas, los relojes se quedan parados. Es a causa de la onda expansiva.

Él miró su reloj y sacudió la cabeza con gesto de superioridad. No, querido señor, no, ahí usted se equivoca. No tiene nada que ver con las bombas. No debería usted hablar siempre de las bombas. No. A las dos y media hubo otra cosa totalmente distinta que usted no conoce. Eso es precisamente lo gracioso, que justo a las dos y media se quedara parado.

Y no a las cuatro y cuarto o a las siete. A las dos y media solía yo llegar siempre a casa. Por la noche quiero decir. Casi siempre a las dos y media. Eso es justamente lo gracioso.

Miró a los otros, pero ellos habían apartado los ojos de él. No los encontró. En esto, le hizo un gesto afirmativo a su reloj: Naturalmente yo solía tener a esa hora hambre, ¿saben? E iba sin demora a la cocina. Casi siempre eran las dos y media. Y entonces, entonces venía mi madre. Por mucho que yo abriera la puerta con sigilo, ella siempre me oía. Y cada vez que buscaba en la cocina a oscuras algo de comer, se encendía de pronto la luz. Entonces allí estaba ella con su chaqueta de lana y bufanda roja. Y descalza. Siempre descalza. Y eso que teníamos la cocina embaldosada. Y ella ponía unos ojos pequeñitos porque la luz le resultaba demasiado fuerte. Pues ella había dormido. Al fin y al cabo era de noche.

Otra vez tan tarde, solía decir ella. No decía más. Sólo: Otra vez tan tarde. Y a continuación me calentaba la cena y mira cómo comía. Mientras, se frotaba un pie ya que las baldosas estaban tan frías. Por las noches nunca se ponía zapatos. Permanecía sentada a mi lado hasta que me saciaba. Y luego le oía retirar los platos cuando yo ya había apagado la luz en mi habitación. Todas las noches sucedía así. Y por regla general a las dos y media. Me parecía completamente natural. Ella lo hacía siempre. Y nunca decía sino: Otra vez tan tarde. Pero es que lo decía cada vez. Y yo pensaba que aquello no acabaría nunca. Me resultaba tan natural. Después de todo, siempre había sido así.

Durante un instante hubo silencio en el banco. Luego dijo él en voz baja: ¿Y ahora? Miró a los otros. Pero no los encontró. Entonces dijo bajito a la cara blanquiazul, redonda, del reloj: Ahora, ahora sé que era el paraíso. El verdadero paraíso.

En el banco todos callaban. Después preguntó a la mujer: ¿Y su familia?

Él sonrió azorado: Ah, ¿se refiere a mis padres? Sí, también han desaparecido. Todo ha desaparecido. Todo, imagínese. Todo desaparecido.

Dirigió azorado una sonrisa a uno y otro. Pero ellos no lo miraron.

Levantó de nuevo el reloj y se río. Se río: Sólo esto de aquí. Es lo que ha quedado. Y lo más bonito es que precisamente se quedó parado a las dos y media. Precisamente a las dos y media.

Después y ano dijo nada. Pero tenía la cara muy aviejada. Y el hombre que estaba sentado a su lado le miraba los zapatos. Pero él no veía sus zapatos. Él seguía pensando en la palabra paraíso.

